

EDUCAR PARA LA PAZ

DESDE UNA FILOSOFÍA PARA HACER LAS PACES

Vicent Martínez Guzmán

CÁTEDRA UNESCO DE FILOSOFÍA PARA LA PAZ. UNIVERSITAT JAUME I
CENTRO INTERNACIONAL BANCAJA PARA LA PAZ Y EL DESARROLLO / CASTELLÓN DE LA PLANA, ESPAÑA
martguz@fis.uji.es



INTRODUCCIÓN. El campo de la educación para la paz está impregnado de prácticas aisladas y fragmentarias que carecen de un sustento filosófico coherente. En este trabajo se exponen las principales bases teóricas y las acciones que se pueden seguir en una educación para la paz desde la perspectiva filosófica que venimos desarrollando en la Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz.

Como punto de partida presentamos tres principios que suponemos implícitos en cualquier propuesta educativa para la paz. Después reflexionamos sobre qué significa ser competentes para resolver los conflictos por medios pacíficos. Consideramos que educar para la paz es educar para la ciudadanía mundial y esto nos exige revisar la noción de desarrollo y las situaciones poscolo-

niales. Finalmente consideramos que educar la voluntad es importante porque podemos tener capacidades o competencias para actuar pacíficamente y, sin embargo, no querer hacerlo.

LOS SUPUESTOS

- *La educación para la paz ha de ser una educación que abarque todos los niveles y modalidades de enseñanza convencional y no convencional.*
- *La educación para la paz ha de partir de la experiencia cotidiana. Hay numerosas maneras de entender lo que es cotidiano según las diferentes culturas: México, Brasil*

o el África subsahariana se educarán para la paz desde sus propias maneras de entender la vida cotidiana, nosotros mismos en nuestra universidad tenemos un Máster Internacional de Estudios para la Paz y el Desarrollo (www.epd.uji.es) que reúne todos los años estudiantes de distintas partes del mundo y en el cual aprendemos diferentes formas de hacer las paces según las culturas.

- *Educación para la paz quiere decir educación recíproca y no unilateral del experto al aprendiz.* El colectivo que se educa para la paz es entendido como una comunidad de comunicación que asume el reconocimiento recíproco de competencias o capacidades para llegar a acuerdos.

Estos supuestos están enmarcados en un intento de desarrollar una filosofía para hacer las paces que tiene las siguientes características con implicaciones educativas:

SOMOS COMPETENTES PARA HACER LAS GUERRAS Y LAS PACES. Parto del reconocimiento en todos los seres humanos de lo que llamamos *competencias para hacer las paces, es decir, para resolver los conflictos por medios pacíficos, pero también para hacer guerras y provocar los diferentes tipos de violencia.* Que seamos competentes ya sea para la paz, o bien para la guerra y la violencia en general, quiere decir que podemos afrontar nuestras relaciones anulándonos los unos a los otros, incluso de manera organizada como lo prueban la guerra, la tortura, la violación o el asesinato, o bien que afrontamos nuestras relaciones con justicia, ternura y maneras diferentes de vivir en paz. Ambas expresiones hacia la violencia o hacia la paz forman parte de nuestra condición humana.

La noción de competencia tiene dos vertientes: mientras que una consigna que competimos para ganarnos unos a otros fomentando la rivalidad, la otra se refiere a las capacidades o poderes que tenemos los seres humanos, aquello en lo que somos competentes.

La palabra "competencia" viene del verbo latino *petere* que significa pedir, más el prefijo de relación *co* que significa relación. En este sentido lo interpreto como aquellas capacidades que tenemos los seres humanos para pedirnos cuentas: de por qué nos hacemos unos a otros lo que nos hacemos, nos decimos lo que nos decimos o nos callamos lo que nos callamos.

La educación para la paz que propongo es provocadora, impertinente y subversiva: algunos dicen que lo que es real es que siempre ha habido guerras y violencia, y que siempre las habrá, o que siempre habrá ricos y pobres, pero nosotros subvertimos la noción de realidad. Denunciamos que se trata de una realidad parcial y afirmamos que lo que es real es que las cosas que nos hacemos los seres humanos pueden ser de muchas maneras diferentes y que algunas son pacíficas, justas y tiernas. De lo que se trata es de reconstruir las maneras en que podemos vivir en paz, de recuperar los poderes para hacer las paces.

Académicamente la noción de *competencia* recoge la variante de "competencia lingüística" de Chomsky y la de "competencia comunicativa" de Habermas. Según estos autores, las normas para una buena comunicación parten de las competencias que tenemos como interlocutores o comunicadores. Quiere decir que todos los seres humanos somos capaces o competentes para comunicarnos y que para saber cuáles son las normas del lenguaje o de la comunicación hay que partir de los propios hablantes. Las normas lingüísticas o de comunicación no se construyen desde la nada, se *reconstruyen* desde las propias capacidades de quienes hablan.

Como ocurre con el lenguaje y la comunicación, los seres humanos tenemos capacidades o competencias para aniquilarnos, pero también para actuar con justicia y por medios pacíficos como la democracia y el diálogo, por ejemplo. Las normas en que hemos de educarnos para la paz han de partir de nuestras propias posibilidades, capacidades o competencias para vivir en paz. Es cierto que no es fácil. Por ello hemos de *destruir o desconstruir y desaprender lo que genera marginación, exclusión y muerte, y reconstruir y aprender lo que genera integración, diálogo y justicia.*

EDUCAR DESDE EL CONFLICTO Y EL RECONOCIMIENTO DIALÓGICO. Una parte de la educación para la paz es el estudio de los conflictos. Inicialmente se pensaba que los conflictos había que resolverlos, de ahí nacen las teorías sobre *resolución de conflictos*. Sin embargo, esta manera de interpretar los conflictos suponía una concepción negativa de los mismos. En nuestra propuesta entendemos que pueden ser incluso creativos, que podemos gestionarlos y transformarlos, existiendo para ello al menos dos posibilidades.

Una primera posibilidad de transformación de los conflictos consiste en la reconstrucción de lo que nos decimos y nos hacemos unos seres humanos a otros desde tres perspectivas:

- *Cómo me siento yo por lo que me hacen a mí.*
- *Qué tipo de indignación tengo por lo que una segunda persona hace a una tercera —la educación para la paz siempre recupera nuestra capacidad de indignación.*
- *Cómo me siento yo mismo por lo que hago a los demás.*

Si fuera un santo, sólo me preocuparía de las dos últimas. Si fuera un egoísta absoluto, sólo me preocuparía de la primera. Sin embargo, soy una persona común y sencilla y tengo momentos egoístas y momentos altruistas. Soy competente para estos dos tipos de comportamiento y muchos más. Por eso propongo analizar los conflictos desde estas tres perspectivas.

Aquí es fundamental la interpelación mutua, el que nos pidamos cuentas por lo que nos hacemos, decimos y callamos unos a otros, para aclarar si nos hemos marginado o hemos excluido a algunas personas. La violencia cultural o simbólica hace tan sutiles los mecanismos de marginación que podemos estar ciegos a exclusiones por razones de género, estilos de vida o diferencias cultura-

les. Incluso el silencio de los que excluimos puede ser una interpelación. Así por ejemplo el machismo institucionalizado puede convertirnos en ciegos cuando discriminamos a las mujeres, o creer en la superioridad de la cultura occidental puede hacer que despreciemos y hasta aniquilemos otras culturas por considerarlas más "retrasadas" o "primitivas". De ahí que sea importante que nos interpelemos, que nos pidamos cuentas por lo que nos hacemos y que seamos capaces de ponernos en el lugar de las otras personas.

Una segunda posibilidad de transformar los conflictos por medios pacíficos se basa en la reconstrucción de las capacidades de reconocimiento que tenemos los seres humanos en interacción con el análisis de situaciones donde se atenta contra la dignidad de una persona. Describiremos tres tipos fundamentales de reconocimiento.

- *El reconocimiento de que existen alternativas a las actitudes que suponen un desprecio del cuerpo.* Es fundamental el reconocimiento del cuerpo porque con él definimos la concepción de nuestra identidad desde que comenzamos a dominarlo, a gustar y a gustarnos. Por eso, una

violación o cualquier tipo de tortura no es sólo un daño físico, sino *la convulsión de la propia identidad y la pérdida de confianza en uno mismo*. El reconocimiento del cuerpo entendido de esta manera promueve en la educación para la paz y en la transformación de los conflictos la ternura, el afecto, la estima y cuidado, así como la potenciación de la autoconfianza, de la confianza en uno o una misma.

- *El reconocimiento de que hay alternativas frente a la exclusión de los derechos humanos y de la comunidad moral que hace que las personas pierdan el respeto por ellas mismas o se creen su propia legalidad.* Hace falta educarnos en la capacidad de crear instituciones racionales de reconocimiento de los derechos de colectivos excluidos: las mujeres o los inmigrantes, por ejemplo, potenciando el autorespeto, el que las personas recuperen el respeto por sí mismas porque se sienten respetadas.
- *El reconocimiento de que existen alternativas al comportamiento que menosprecia otras formas de vida, de manera que las personas que viven de esta manera no se ven valoradas.* Esto hace que las personas en cuestión, al sentir menospreciada su forma de vida, pierdan la autoestima. La alternativa es





el reconocimiento solidario de la pluralidad de las formas de vida, que no quiere decir la aceptación acrítica de cualquier tipo de planteamiento porque *todo vale*. Tan falta de reconocimiento de la diversidad cultural es el menosprecio radical de una forma de vida, como la aceptación acrítica de sus planteamientos en términos absolutos. Lo que se requiere es el reconocimiento recíproco de las ventajas y desventajas de las diferentes formas de vida y la reconstrucción conjunta de las alternativas en el marco de la pluralidad.

Así, la educación para la paz como transformación de conflictos potenciará la reconstrucción de la autoconfianza, el autorespeto y la autoestima en el marco del intercambio y el diálogo en el que nos pedimos responsabilidades por cómo construimos las relaciones humanas.

DESAPRENDER LAS CULTURAS DE LA GUERRA EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES: EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA MUNDIAL. Esta metodología de desconstrucción-reconstrucción puede usarse también para desaprender los conflictos bélicos, es decir, para evitar las guerras. Hemos aprendido a afrontar los conflictos humanos usando la violencia y creando instituciones que la han legitimado. Por este motivo, se requiere explicitar cómo en los procesos evolutivos de las relaciones humanas hemos usado y modificado las guerras como sistemas de organización social, incluso de carácter sexuado, debido a que han estado promovidas

principalmente por machos. Es aquí donde necesitamos desconstruir los discursos de legitimación de la guerra y reconstruir las posibilidades de transformación de los mismos conflictos con la creación de instituciones para la paz, que también forman parte de la historia de los colectivos humanos.

Una vez más, la reconstrucción del horizonte normativo a seguir para transformar los conflictos de guerra en conflictos de paz, es decir, la reconstrucción de cómo podríamos hacer las cosas de manera alternativa a como las venimos haciendo, es dialógica. Por ejemplo, respecto de la guerra de Bosnia podemos desconstruir-reconstruir los documentos y debates de los mismos señores de la guerra expresados en los acuerdos de Dayton, pero también podemos usar las propuestas de los movimientos pacifistas reunidos en Verona como indicadores críticos desde los cuales analizar estos acuerdos.

La educación para la paz que proponemos también subvierte el orden internacional heredado y la misma concepción de las relaciones internacionales como disciplina. Desde el Norte del mundo hemos impuesto el llamado *orden de Westfalia* según el cual el Estado-nación nos daba seguridad, gobernabilidad y ejercicio de la soberanía en el marco de la territorialidad; sin embargo, el desarrollo del armamento, la alteración del medio ambiente, la globalización y uniformización de la economía, entre otras causas, hacen que no estemos más seguros dentro de los límites de nuestros Estados nacionales.

En este sentido, la educación para la paz es una *educación para la ciudadanía mundial*, porque ya decía Kant que la violación del derecho en una parte del mundo afecta a toda la Tierra. Sin embargo, educar para la ciudadanía mundial, lejos de ser un catalizador de la globalización totalitaria, refuerza la diversidad de lenguas, de creencias, de formas de vida y de formas de organización social y económica más a ras de tierra, más arraigadas y comprometidas en la recuperación de la multiplicidad de identidades colectivas. Educar para la ciudadanía mundial es educar para el doble compromiso global y local: nos comprometemos con los que sufren lejos, pero también con los que son víctimas de la injusticia a nuestro lado, en nuestros propios ámbitos locales.

EDUCAR PARA EL POSDESARROLLO Y LA SITUACIÓN POSCOLONIAL. Los datos que cada año nos aporta el Informe de las Naciones Unidas para el Desarrollo Humano muestran que los países ricos son cada vez más ricos y los pobres son también más pobres. El desarrollo que estamos viviendo y promoviendo es excluyente porque se toma como medida la cultura de los *blancos y ricos* del mundo. La desconstrucción de la práctica del desarrollo tal como lo hemos venido realizando, nos hace darnos cuenta que es su propia lógica la que ocasiona que unos nos desarrollemos a costa de otros. Por este motivo, se ha llegado a decir que no da miedo su fracaso sino su éxito. Da miedo que triunfe una manera de entender el desarrollo de unos y unas a costa de otros y otras.

Nos hemos de educar en nuevas formas de cooperación que rompan el vínculo entre paz y desarrollo, entendido de esta manera. *La educación para la paz que proponemos tiene que recuperar maneras autóctonas de vivir, de organización social y económica, como fórmulas de resistencia a la globalización totalitaria en un marco poscolonial en el que se reconozcan el mestizaje y las identidades híbridas y se introduzca la austeridad en nuestras vidas.* Es por eso que la educación para la paz que propongo es también una nueva filosofía de la cooperación para el posdesarrollo.

EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD. A pesar de saber todo lo que hemos mencionado, *podemos no querer* cambiar y seguir viendo cada quien a nuestra manera, sobre todo si estamos en situaciones de privilegio y no somos conscientes que muchas veces *nuestros privilegios se sostienen sobre la miseria de otros seres humanos.*

Por este motivo, la educación para la paz tiene que potenciar la educación de la sensibilidad y de la voluntad. No es sencillo lo que estoy proponiendo y también he dicho que no es para héroes ni santos, sino para gente común, para gente "como nosotros". Podemos saber todo esto y "no sentir nada", "no encontrar razones para actuar a favor de los otros y las otras" o "no querer hacer nada".

En la comunidad de comunicación que formamos los colectivos que nos educamos para hacer las paces necesitamos educar nuestra *capacidad de empatía*, de sensibilidad e indignación por lo que los seres humanos nos hacemos unos a otros: sentirnos heridos, tristes o alegres



los unos con los otros. Potenciar la empatía significa reforzar nuestra capacidad de ponernos en la piel de quienes sufren.

Además de educar nuestros sentimientos también necesitamos la interpelación racional que refuerce nuestra voluntad para hacer las cosas de tantas maneras diferentes como sabemos que las podemos hacer. Así, la *educación para la paz será educación de nuestra voluntad para crear sentimientos a favor de las otras y los otros y ejercicio de nuestra capacidad de pedir y dar razones por aquello que nos hacemos, decimos y callamos.*

Si sabemos que podemos hacer las cosas de maneras diferentes y no las hacemos, no tenemos excusa, tenemos responsabilidad. Nos necesitamos para recordarnos esta responsabilidad, para aprender a "querer" hacer las paces, para educar nuestra voluntad.

RECOMENDACIONES PARA LA ACCIÓN

1. Proponemos considerar los grupos de educación de adultos como grupos de decisión así como *comunidades de comunicación*; es decir, grupos con capacidades o competencias para comunicarse. Algunos ejercicios que podrían realizarse consistirían en preguntarnos: ¿Nos consideramos todos y todas interlocutores válidos? ¿A quiénes excluimos de nuestras comunidades negándoles el derecho a la interlocución y a la comunicación? ¿Estamos siempre dispuestos a pedirnos y a rendir cuentas por lo que nos hacemos, decimos y callamos? ¿A quiénes negamos el derecho a la palabra porque pensamos "que no saben nada" o "que tienen un saber primitivo o retrasado"? ¿Podemos actuar de otra manera? ¿De qué otra manera?

2. Organizar debates en los cuales se hagan listas de las capacidades o las competencias que pensamos que tienen los miembros del grupo para establecer relaciones tanto por medios violentos como por medios pacíficos. Así se realizaría un ejercicio de *reconstrucción de competencias* de las que nos podemos pedir cuentas. ¿Qué tengo que desconstruir y desaprender? ¿Qué puedo aprender a hacer de otra manera reconstruyendo mis propias capacidades?

3. Analizar algún caso concreto de conflicto desde las tres perspectivas de cómo me sentiría si me lo hubieran hecho a mí, si yo viera que una segunda persona lo hace a una tercera y si yo mismo soy el que lo hago. En el primer caso, ¿tengo más capacidad de resentimiento o de perdón? En el segundo ¿me siento indignado o me resulta todo indiferente? En el tercero ¿puedo reconstruir mi capacidad de *pedir disculpas*?

4. Analizar casos de desprecio y ver sus posibilidades alternativas de reconocimiento: en relación con el desprecio del cuerpo, de los derechos de una persona o un grupo, y de las formas de vida. ¿Cuándo hay pérdida de con-

fianza o potenciación de la confianza? Lo mismo sobre el respeto por uno mismo y la autoestima por la propia forma de vida.

5. Estudiar casos en los que el desarrollo ha podido ser una *trampa*. Proponer alternativas desde las culturas autóctonas y sus propias formas de desarrollo a partir de la situación postcolonial.

6. Discutir por qué necesitamos educar nuestra voluntad para educarnos para la paz. ¿Qué nos impide no hacer lo que sabemos que podríamos hacer de otra manera? ¿Pereza, dejadez? ¿Cómo potenciar mis sentimientos hacia los otros, cómo ejercitar la posibilidad de dar y pedir razones de nuestras acciones? □



Lecturas sugeridas

BASTIDA, A., 1994. *Desaprender la guerra. Una visión crítica de la educación para la paz*, Icaria, Barcelona.
www.icariaeditorial.com

ILLICH, I., 1988. "Desvincular paz y desarrollo", en *Alternativas II*, Joaquín Moritz-Planeta, México.
www.ivanillich.org/

JARES, X. R., 1999. *Educación para la paz. Su teoría y su práctica*, Popular, Madrid.
www.editorialpopular.com
www.crefal.edu.mx

MARTÍNEZ, G. V., 2001. *Filosofía para hacer las paces*, Icaria, Barcelona.
www.icariaeditorial.com

SACHS, W. (ed.), 1996. *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, PRATEC, Lima.
www.pratec.org

El autor agradece al Ministerio de Ciencia y Tecnología de España el financiamiento otorgado al proyecto de investigación "Campañas de sensibilización y publicidad con fines sociales. Los problemas de integración, de maltrato y los conflictos violentos", del cual el presente artículo forma parte.



Los conservadores de nuestros días están enfrascados en una de las tareas más viejas de la filosofía: encontrar la justificación moral del egoísmo.

John Kenneth Galbraith, economista norteamericano nacido en Canadá, 1908